

Carmen
Alborch
Libres

Ciudadanas

del mundo



Este es un libro lleno de esperanza contra la vulgaridad y el fatalismo, que se plantea como un ejercicio de libertad desde la diversidad y la admiración. Las nueve protagonistas de este libro son mujeres que anhelan la libertad y rechazan la dominación. Sus vidas se nos presentan plenas de creatividad, valentía, dignidad y coherencia. Ellas asumen riesgos, compromisos y elecciones que marcan su vida entera. Son mujeres cuya aproximación nos hace sentir más libres, más fuertes y más capaces. Estas ciudadanas del mundo han alzado su voz nueva en las artes, las ciencias, la ecología y la política, y reivindican con su vida y sus logros la justa y necesaria presencia de las mujeres en un nuevo modelo de sociedad que, con sus convicciones y saberes, contribuyen a configurar en beneficio de la humanidad.

*A las mujeres y hombres que se esfuerzan para
que nuestras vidas sean más libres y más dignas.*

*A mi querida familia, y especialmente a Miguel y
Rafa Alborch y Javier Frías, mis hermanos del
alma.*

*A mis amigas y amigos, como siempre, y
especialmente a Alfons López Tena y Vicente
Todolí.*

Introducción

Si tuviera que elegir entre la infinidad de reflexiones, estudios y citas sobre el concepto de *libertad*, probablemente escogería la siguiente frase de Émile M. Cioran: «Siento que soy libre, pero sé que no lo soy».

Este libro no es solamente un compendio de hermosas historias o perfiles de mujeres contemporáneas. Las protagonistas de este libro intentan ejercer la libertad, en su vertiente pública y en su dimensión interior; son mujeres que anhelan y aspiran a esa libertad, y la ponen en relación con la dignidad y la diversidad humanas. Todas colaboran en la construcción de un mundo —de un modelo social también— en el que la libertad de las mujeres, y consecuentemente de todos los seres humanos, es objetivo central.

La importancia de esa vocación o aspiración a ser libres radica en un empeño individual y colectivo: la necesidad de ser diseñadoras de nuestro propio proyecto vital, de nuestras actividades y de nuestro destino. Somos conscientes de que este modelo no solo será beneficioso para nosotras, sino para la Humanidad en su conjunto, ya que comporta la eliminación de cualquier tipo de dominación.

María Zambrano solía explicar que lo que nos diferencia de los demás seres vivos es la libertad y su inseparable compañera, la responsabilidad: «Ser libre es ser responsable». La libertad se encuentra en la raíz misma del «vivir humanamente» o, en otras palabras, en la base del vivir como verdaderos seres humanos. La libertad es característica de

la Humanidad y, sin embargo, la percibimos en ocasiones como un bien escaso.

No voy a extenderme en una reflexión sobre el concepto mismo de libertad y sus inevitables complejidades; no es esta mi pretensión. Más bien, con las reseñas de estas *vidas*, pretendo llevar a cabo un ejercicio de libertad y de admiración. El libro es un ejercicio de libertad en la medida en que el trazado de sus perfiles se debe a una elección personal, relacionada con ciertas afinidades y sintonías. Ellas son mujeres cuyo descubrimiento nos hacen sentir más libres, más fuertes y más capaces. Sus vidas se nos aparecen plenas de valentía, creatividad, dignidad y coherencia. Han ejercitado su libertad y han elegido, y han optado por decisiones que han marcado su vida entera: decisiones y elecciones que se incorporan a sus destinos, asumiendo riesgos y compromisos, exponiéndose y afrontando valientemente el futuro. Así, reconocemos sus méritos y esa aproximación nos hace sentir más libres, porque nos libera de ciertos temores.

Nuestras *ciudadanas del mundo* están vinculadas, de una u otra manera, en distintas vertientes, a la defensa de los Derechos Humanos y al disfrute de las libertades públicas y privadas. La libertad se ofrece en ocasiones como un bien tutelado por las constituciones y las declaraciones internacionales; a veces se presenta como un derecho difícilmente ejercitable si no se cuenta con mínimos vitales imprescindibles.

Ellas son aspirantes destacadas a la ciudadanía plena, inclusiva, que comporta deberes y derechos civiles, políticos y sociales, y que nos permite sentir y actuar como miembros plenos de una comunidad.

Las mujeres hemos tenido y seguimos teniendo serias dificultades en el ejercicio pleno de la ciudadanía: el reparto del trabajo, la distribución de la riqueza y el poder, porque todavía hay desigualdades en las posibilidades, en las costumbres, los valores y las mentalidades, en el acceso a

la cultura y en el propio ejercicio de la libertad. Estoy hablando de disponer de recursos, de elegir, de participar de la riqueza, del conocimiento y del reconocimiento. Hablar de ciudadanía es hablar de poder, de responsabilidad, de autonomía, de dignidad, de equivalencia, de diversidad, de singularidad... y de libertad. Y es imprescindible referirse a la diversidad y la singularidad porque, como diría Hanna Arendt, cada persona encarna una «novedad absoluta»: la pluralidad es la Ley de la Tierra.

Y, en esta Tierra, aún hay mujeres que no son ciudadanas. En nuestras vidas, en nuestro entorno, a pesar de las libertades formales, hay en el fondo muchas dependencias y sometimientos. A veces se trata de dominaciones encubiertas, difíciles de detectar: estas pueden ser las peores.

Este es un libro lleno de esperanza, contra la vulgaridad y el fatalismo. Lo queremos todo. Y tenemos la legítima e ilimitada aspiración —no excluyente— a lo bueno y lo bello. Las mujeres a las que me refiero son pioneras, innovadoras, personas que no han querido someterse ni resignarse. Han practicado el diálogo, las alianzas y la inclusión —ellas, precisamente, que han sufrido de uno u otro modo las distintas formas de exclusión—. Así nos aportan su lucidez. Son mujeres fuertes y contundentes en sus actos, y al mismo tiempo han tenido que hacer grandes esfuerzos y ser hábiles —como tantas otras—, abriendo caminos para sí mismas y para los demás. Son hábiles —«bilingües», diría Marcela Lagarde— para ser aceptadas con legitimidad en los espacios públicos, políticos y culturales. Han tenido que ejercitarse como interlocutoras, para conferir nuevos significados a nuestro tiempo y a nuestro espacio físico y mental.

En este largo recorrido hacia la igualdad y la equivalencia, en el horizonte de la utopía, se han conseguido logros impensables en otros tiempos. Estas mujeres que ahora presento ejemplifican algunos avances en las artes, las ciencias o la política entendida en sentido amplio y, en esa medida, las consideramos modélicas. Con creatividad, formu-

lan una visión del mundo tan potente que difícilmente podríamos acercarnos a ellas sin confirmar la necesidad de un cambio. Porque, para ellas, vivir es innovar, inaugurar espacios, trabajos, actividades, funciones, compromisos o nuevas visiones. Nos ayudan a eliminar la inseguridad o los temores que surgen en los nuevos espacios públicos y privados, aportándonos parte de su poder personal y social.

Por otro lado, se trata de mujeres concretas y vivas —no fantasías o imaginaciones—; al hacerse visibles nos hacen más visibles a las demás, revelan nuestras necesidades, nuestros anhelos y nuestros sueños. Al reconocer sus méritos, nos sentimos mejor, porque nos proporcionan o nos inspiran confianza. Nos sirven de estímulo y, asistiendo a su fortaleza y sus saberes, asistimos también a la renovación y fortalecimiento de nuestra dignidad, de nuestra autoestima y del orgullo de ser mujeres. Su fuerza y su saber, en fin, potencian el desarrollo humano y el incremento del bienestar que proporcionan los comportamientos equitativos. Quede claro, sin embargo, que nuestras ciudadanas del mundo no son prepotentes ni omnipotentes. Su fortaleza y la capacidad para implicarnos en sus proyectos residen, en buena parte, en una rebeldía y una brillantez contagiosas.

Son valientes y suscitan o despiertan nuestra admiración. (La admiración, al contrario que la envidia, proporciona alegría). Aprendiendo a mirar y a observar, podemos llegar a sentir y transmitir el entusiasmo del conocimiento de vidas creativas en las que el carisma no excluye la generosidad. Sus trayectorias son apasionantes y configuran personalidades que pueden provocar simpatía y sentimientos de emulación. Sin embargo, no se trata aquí de acumular elogios, sino de difundir y celebrar la excelencia a través del reconocimiento. En un mundo en el que tanto se prodiga la vulgaridad, el reconocimiento de la excelencia puede resultar en cierto modo desafiante, puede causar asombro, sorpresa o admiración, pero, en todo caso, fortalecerá nuestra personalidad.

¿Son nuestras *ciudadanas del mundo* modelos de mujer? Lo son al menos en parte; son modelos saludables de los que podemos aprender, en tanto nos enseñan a obtener y utilizar recursos. No se trata de quedarnos a su sombra, inseguras, o minusvalorando nuestros propios recursos. En este punto, quisiera insistir en la importancia de procurar no engañarnos y ser honestas, defender lo que nos conviene, aprender a decir «sí» y atrevernos a decir «no» sin violencia y sin sentirnos culpables, especialmente cuando la negativa es coherente con nuestras convicciones, aunque defraude las expectativas o exigencias ajenas. Estos aprendizajes son ejercicios de libertad: las nueve mujeres de las que hablaré en las próximas páginas tuvieron su «techo de cristal» pero han demostrado, con los hechos, que hay posibilidades de cambio y que hay alternativas para el dolor. La conquista de la libertad ha sido, para ellas, una pasión, un camino arduo pero pleno de satisfacciones tantas veces compartidas... y también un proceso vinculado a la libertad interior.

Aún quisiera resaltar aquí otra característica que agrupa a estas *ciudadanas del mundo*. Puede que muchos lectores y lectoras no hayan oído hablar de alguna de nuestras protagonistas y, sin embargo, las consideramos líderes. Son líderes porque, a su modo, contribuyen a la emancipación de los seres humanos: son maestras que nos enseñan a ver el mundo. Valientes, venciendo prejuicios, asumiendo riesgos, coherentes con sus principios, estas mujeres extienden y fomentan la cultura de la Vida.

Con toda seguridad, cada una de ellas merecería biografías más extensas y completas. Y también soy consciente de que muchísimas otras contemporáneas nuestras ocuparían un lugar en este o en otros libros con toda dignidad, y que serían de sumo interés. En fin, el resultado ha sido el fruto de una selección —también «elección»— con el que pretendo aportar un poco de luz en espacios tantas veces oscuros.

Los nueve capítulos resumen nueve hermosas historias de mujeres. En ellas hay osadía, dolor, alegría y esperanza; también se acumulan tensiones y se tratan temas conflictivos y delicados en los que he procurado recoger voces distintas. Son aproximaciones desde la no especialización y, por tanto, quizá con un tanto de atrevimiento. Pero no falta el entusiasmo ante los muchos momentos emocionantes que estas mujeres nos proporcionan: sus logros, obtenidos venciendo dificultades en la lucha contra la incompreensión y las adversidades, son el resultado mejor de su pasión por la vida, la naturaleza, la justicia, la dignidad y la libertad^[1].

Marina Silva. La esperanza es verde

El joven biólogo no sabía a qué atenerse. Estaba ante un comportamiento verdaderamente extraño y, si no fuese porque los científicos siempre esperan hallar una explicación a todo cuanto hay a su alrededor, bien podría decir que estaba presenciando un hecho absurdo.

Por lo que él sabía, las plantas en general y los árboles en particular tienden a buscar la luz. Sin embargo, aquella especie de liana trepadora, llamada *Monstera gigantea*, desarrollaba en sus primeras etapas un comportamiento absolutamente anormal: en su crecimiento vertiginoso, la semilla de esta enredadera echaba sus primeros brotes y, casi de inmediato, sus brazos se dirigían a las zonas más oscuras del entorno. ¿Qué clase de absurda información genética podía empujarla a actuar así? En todo caso, y a la luz de las investigaciones del biólogo americano, ese era el dato fidedigno: la *Monstera gigantea* brotaba y sus sarmientos se arrastraban directamente hacia las penumbras, hacia el suicidio... o tal vez no.

El biólogo comprendió entonces que aquella trepadora «actuaba» siguiendo pautas muy complejas pero que concordaban con la más pura teoría de la supervivencia. La liana buscaba las zonas más oscuras de su entorno selvático porque, aunque parezca inconcebible, allí está la luz. En la selva amazónica, los lugares más tenebrosos se hallan en los espacios que precisamente ocupan los árboles más altos y frondosos. Cuando la *Monstera gigantea* accede a estas penumbras húmedas, su estrategia genética cambia de

inmediato y comienza su ascensión hacia la luz, enroscándose y abrazando al árbol más poderoso. Así la liana alcanza los espacios superiores del bosque y así, con un método combinado, consigue acceder a la fuente de la vida^[2].

Hay toda una parte de la experiencia humana que puede asociarse al comportamiento de esta especie de enredadera. Hay hombres y mujeres cuyo destino parece marcado para languidecer y morir en la oscuridad más profunda, pero cuyo espíritu les obliga a superar todas las dificultades y abrirse paso en una jungla amenazadora.

«Siempre digo que Dios me dio un espíritu fuerte y un cuerpo débil», dice Marina Silva. «Cuando se siente muy cerca la posibilidad real de dejar de existir, se tiene una conciencia mucho más profunda de las limitaciones^[3]».

Como la *Monstera gigantea*, Marina Silva ocupó los lugares más oscuros de la sociedad brasileña y, como en la enredadera, su espíritu la empujó hacia la luz. Su vida parecía trazada para languidecer en medio de la selva amazónica, en las miserables poblaciones que se arraciman en torno a los árboles del caucho o en las villas de los estancieros y propietarios, como empleada del servicio doméstico, condenada al analfabetismo y a la pobreza; o tal vez, en un viaje sin retorno, esta mujer podría haberse desplazado a una gran ciudad y haberse sumergido en la ola de miserias de las favelas o los ranchitos que circundan centenares de urbes hispanoamericanas. Con un poco de suerte, podría haber sobrevivido y acaso podría haber alcanzado la edad de veinte años, si no moría antes en las calles de São Paulo, Río de Janeiro o Brasilia.

Sin embargo, Marina Silva adorna su vida con más de veinte premios y homenajes: su nombre apareció en la revista norteamericana *Time* como representante de los jóvenes del futuro en el mundo (Nueva York, 1995); recibió el premio Goldmann de Medio Ambiente en San Francisco (1996); fue una de las «Veinticinco Mujeres en Acción en el Mundo por la Vida de la Tierra», del Programa de Naciones

Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA, 1997) y la revista *Miss Magazine* la nombró Mujer del Año en 1997. Desde 1998, la Universidad Estatal del Vale do Acaraú concede el Prêmio Marina Silva a los mejores trabajos sobre medio ambiente. En el año 2003, la Fundación Ecología y Desarrollo concedió a la ministra de Medio Ambiente de Brasil, doña Marina Silva, el Premio Especial al Desarrollo Sostenible.

Esta, por tanto, es la historia de un desafío al destino.

BRASIL: CÓMO HUNDIR UN PAÍS

Al parecer, los altos mandatarios de los países llamados «centrales», los comisionados de los grandes emporios económicos, los secretarios, subsecretarios y vicesecretarios de poderosas organizaciones internacionales y los dirigentes de instituciones como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional suelen mostrar cierto desasosiego cuando se trata de afrontar los grandes retos que plantean los dos mil millones de personas que viven —sobreviven— en la más absoluta miseria. Algunas «malas lenguas» advierten que abordan este «desagradable» asunto con un chascarrillo que dice mucho de la indolencia y del disgusto con que asumen la desgracia de millones de seres humanos:

—Bebamos champán y hablemos de los pobres.

A finales del siglo xx y en los primeros años del xxi ocurre que los pobres han decidido hablar de los que beben champán. O, al menos, hay quien hable por ellos. Y comienzan recordando la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948: «Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su fami-

lia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios» (art. 25, fragmento).

En una siniestra paradoja, los economistas se refieren a la imagen estadística conocida como la «gráfica de la copa de champán», según la cual el 20 por ciento de la humanidad posee el 86 por ciento de toda la riqueza mundial, mientras que otro 20 por ciento solo cuenta con el 1,3 por ciento de los recursos económicos.

«Se trata del tema esencial de los derechos humanos: ¿quién tiene derecho a vivir y quién no lo tiene? [...] Estoy hablando del tipo de exclusión radical del sistema económico cuyo resultado es la muerte^[4]».

En 1999, el Departamento de Investigación Económica del Banco Central de Brasil y otras instituciones estatales señalaban que la población del país ascendía a 163 947 600 personas, pero también se añadía que, en este recuento, quedaba excluida la población india de la selva. Y en las estadísticas sobre actividades económicas de Brasil tampoco se incluían las poblaciones rurales de Acre, Rondônia, Amazonas, Roraima, Pará y Amapá^[5].

En otros términos: había toda una parte del Brasil interior o del Brasil amazónico que no contaba para nadie. Era el Brasil de los excluidos. Y todo el país era, a los ojos del mundo, la eterna promesa del Tercer Mundo. La cuestión, se decía, era que «uno de los motivos de que Brasil siga formando parte del Tercer Mundo es que no ha logrado encontrar la apropiada estructura política^[6]». El motivo real es que la deuda de Brasil, a principios de la década de los noventa, ascendía a más de 110 000 millones de dólares.

La miseria de un país no puede atribuirse con justicia a una sola causa. En Brasil se reúne la historia colonial, los regímenes autoritarios y castrantes, la incompetencia política, la rapiña bancaria, la insolidaridad interior y exterior, la especificidad de su geografía, la peculiaridad de sus modos

productivos y la disparidad cultural del país. Una evaluación que no atienda, cuando menos, a estos aspectos resultará torcida o sesgada. Tampoco puede medirse con los parámetros de la llamada «civilización occidental», sea europea o norteamericana.

Brasil logró su independencia en 1822, bajo el mandato del príncipe Pedro, llamado Pedro I de Brasil. La República Federativa do Brasil se instituyó en 1889, un año después de la abolición de la esclavitud, que había llevado a miles de africanos a América durante la época colonial. La Constitución federal se aprobó en 1981. A principios del siglo XX, Brasil dominaba el mercado de café, pero en aquella época comenzaron a solicitarse créditos a los bancos europeos, especialmente ingleses, con la idea de financiar líneas de ferrocarril, carreteras, puertos y material bélico. El golpe militar de Getulio Vargas, en 1930, se vio favorecido por la idea según la cual era imprescindible la «civilización» del país. Brasil era un país inmenso, pero salvaje, y la tarea decisiva era «conquistar y dominar los valles de los grandes torrentes ecuatoriales, transformando su fuerza ciega y extraordinaria fertilidad en energía disciplinada^[7]». Cualquier biólogo actual hubiera aconsejado al dictador que no se empecinase en semejante plan: los suelos de la selva amazónica son, en efecto, muy pobres, y la selva se genera y se regenera en un ciclo de retroalimentación, agua y putrefacción en series inconstantes, alteradas y modificadas continuamente.

En 1945, Vargas fue depuesto por sus propios generales, pero fue elegido «democráticamente» tras la restauración legal de 1946. Tras el suicidio de Vargas, en 1954, la industrialización a toda costa se mantuvo durante el quinquenio de Juscelino Kubitschek (1956-1961), cuya divisa era «Cincuenta años en cinco». La capital del Estado, Brasilia, se construyó en este período, en mil días, y cuando el gran centro administrativo y económico quedó concluido, los miles de obreros que lo habían levantado se vieron obli-

gados a vivir en el cinturón de miseria que rodeaba la urbe. En efecto, aquella superabundancia era falsa. Brasil era el segundo exportador mundial de alimentos en los primeros sesenta y, sin embargo, buena parte de la población sufría malnutrición.

La Presidencia de João Goulart, del Partido Trabalhista Brasileiro (PTB), se vio interrumpida por el golpe de Estado militar de 1964. Las excusas fueron una inflación galopante, el intento de independencia de los sindicatos, la actividad asociacionista, las reivindicaciones de los trabajadores rurales —apoyados por la Iglesia— y el programa de división de latifundios.

Además, la dictadura militar fue, como suele ocurrir, un modelo de incompetencia política, donde los planes de desarrollo se veían frustrados una y otra vez. «Antes del golpe de 1964, el 5 por ciento de la población más pudiente ganaba el 28 por ciento del ingreso nacional, mientras que el 50 por ciento de los más pobres solo ganaba el 17 por ciento. Si bien este desnivel era enorme, la situación veinticinco años más tarde era peor. En 1980, en pleno apogeo del poder militar, el ingreso del 5 por ciento de los más ricos del Brasil se incrementó al 34 por ciento del total nacional, mientras que el ingreso de la mitad de los más pobres cayó un 12 por ciento. Mientras que una pequeña parte del Brasil trepaba hacia el Primer Mundo, el resto permanecía encerrado en la pobreza del Tercer Mundo. En tanto que los rascacielos se elevaban sobre los bulliciosos centros de Río y São Paulo, una tercera parte de todas las viviendas de la nación no tenía sistema de cañerías interiores^[8]».

Los años setenta sirvieron para endeudar al país. Se pidieron créditos a los bancos europeos, americanos y japoneses, y al Banco Mundial.

El hipotético «milagro económico» de Brasil tuvo lugar entre los años 1968 y 1973. La presión social, con frecuentes movilizaciones, y el «desastre económico» real forzaron la apertura del sistema dictatorial, abocado a la democra-